

El Quijote y el conocimiento de lo humano

Juan Ramón de la Fuente

Con motivo del XVI Coloquio Cervantino Internacional que se llevó a cabo en la ciudad de Guanajuato, el pasado mes de mayo, el doctor Juan Ramón de la Fuente habló ahí de ese Quijote que no sólo transita por su propio delirio sino que bordea también las orillas de la psicología, de la modernidad y comprueba, una vez más, que la literatura encuentra siempre el camino de lo propiamente humano.

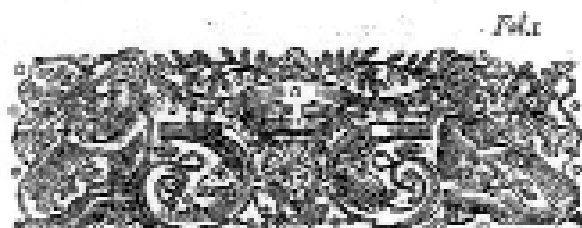
Me es muy grato participar en este coloquio de incalculable valor para las letras españolas que Eulalio Ferrer ha organizado en Guanajuato, ciudad en la que ya su arquitectura, sus calles, su rica vida cultural, nos remiten invariablemente al tema del *Quijote*.

Apenas se llega a Guanajuato, la palabra “quijotesco” —con todo lo que implica de valioso para el saber y el comportamiento humano— empieza a estar presente, a configurar una temática y a condicionar una actitud; y basta poco tiempo para advertir que esa palabra tiene aquí un valor más específico. En efecto, en Guanajuato se tiene la clara percepción de que tanto el académico como el estudiante o el ciudadano común han expandido, como parte propia de su ciudad, esa cercanía —sensitiva amistosa, laboral y hasta culinaria— con el famoso personaje que salió de La Mancha a pelear contra molinos de viento y a transformar la historia de la literatura. Aquí, festivales y coloquios han sacado la palabra “qui-

jotesco” a la calle, la han puesto en la mano, en la boca, en la conversación y en el habla de la gente, con gesto simple y cordial, y esa incorporación de la palabra al vocabulario cotidiano expresa lo que verdaderamente importa, que no es la palabra en sí sino lo que ella implica: su riquísima carga añeja, actual y siempre potencial para cada uno de nosotros.

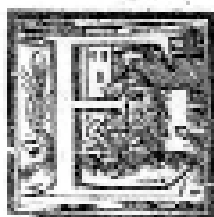
En Guanajuato, la palabra cultura no es privilegio de los que escriben bien o de los que cantan bien o de los que pintan muy bien, porque esa integración del personaje cervantino a la vida ordinaria de la ciudad se ha diversificado en múltiples formas y estilos, con la propiedad más amplia de los castillos de luz y de las celebraciones como la que nos convoca.

Si el vasto número de lectores que hoy tiene el *Quijote* en todo el mundo —acrecentado sin duda por la difusión que se ha dado al cumplimiento de los cuatrocientos años de su primera edición— comparten cada



PRIMERA PARTE
DEL INGENIOSO
hidalgo don Quixote de
la Mancha,

*Capítulo Primero. Que trata de la condi-
cion, y exercicio del famoso hidalgo don
Quixote de la Mancha.*



EN Vn lugar de la Mancha, de
cuyo nombre no quiero acor-
darme, no ha mucho tiempo
que viua vn hidalgo de los de
la casa de altillo, adarga anti-
gua, rozin flaco, y galgo corre-
dor. Vna olla de algo mas vaca
que carnero, felpicon las mas
noches, duelos y quebrantos los
Sabados, lentejas los Viernes, algun palomino de aña-
dida los Domingos: consumian las tres partes de su
hazienda. El resto della concluian, fayo de velarte,
calças de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de
lo



PRIMERA PARTE
DEL INGENIOSO
hidalgo don Quixote de
la Mancha.

*Capítulo primero. Que trata de la condi-
cion, y exercicio del famoso hidalgo don
Quixote de la Mancha.*



EN Vn lugar de la Mancha, de
cuyo nombre no quiero acor-
darme, no ha mucho tiempo,
que viua vn hidalgo de los de
lança en astillero, adarga anti-
gua, rozin flaco, y galgo corre-
dor. Vna olla de algo mas vaca,
que carnero, felpicon las mas
noches, duelos y quebrantos los
Sabados, lentejas los Viernes, algun palomino de aña-
dida los Domingos: consumian las tres partes de su
hazienda. El resto della concluian, fayo de velarte,
calças de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de
lo

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, 1605. La primera plana de esta edición fue compuesta dos veces, como a menudo ocurría en el primer pliego de los libros

vez más este deseo de valerse de su manifiesta sabiduría, es fácil calcular el significado que tendrá en un ámbito y en una ciudad como ésta. Por algo se ha dicho que Guanajuato es la Capital Cervantina de América.

Lo que sigue son algunas reflexiones personales sobre el *Quijote*, enriquecidas con referencias de otros, que lo han estudiado desde perspectivas diversas. Por lo pronto, diría que leer, o releer, un libro como éste es casi siempre entrar en un terreno de expectativas e interrogantes, explícitas o tácitas. Porque pienso que la literatura no nació para dar respuestas, tarea que corresponde más bien a la ciencia, sino para hacer preguntas, para inquietar, para abrir la inteligencia, la imaginación y la sensibilidad a las múltiples vertientes de la condición humana. Pero toda pregunta de este tipo —como tantas que nos plantea el *Quijote*— es siempre algo más que una pregunta. Pa reciera estar probando una necesidad intelectual o afectiva, y por eso, el hecho de encontrar una respuesta es menos importante que el haber sido capaz de vivir a fondo la pregunta, de avanzar con decisión por los caminos que tiende a abrir en cada uno de nosotros.

Sin duda, una de las primeras preguntas que nos surge sería, la que se refiere a la locura o a la falsa locura de Don Quijote, producto de su afición a los libros.

...y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda la máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.

Sabemos que Don Quijote

pasaba las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio, y así, en fin, de mucho leer y poco dormir, con todo lo dicho, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio.

Quien por mucho leer duerme poco es evidente que tiene tiempo para imaginar más. Alonso Quijano pudo o no haber perdido la razón. Lo que es claro es que sin su locura —sin la imaginación desbordada del ingenioso hidalgo— es poco probable que hubiera existido el caballero andante.

Habría que decir, además, que la vocación vehemente del *Quijote* por la lectura lo vuelve un símbolo del libro mismo —objeto imprescindible para la cultura y la comunicación—, y abre paso a esa noción fundamental en el campo literario tanto del lado de los escritores como de los lectores, que finalmente se forman una sola imagen, la cual se contempla en el espejo

Quarta parte de don

mismo q̄ venia a buscar. Pues como se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mía, preguntó don Quixote, si es puerto de mar? Mas antes que Dorotea respondiese, tomó el Cura la mano, y dixo: Deue de querer dexir la señora Princesa, que despues que desembarcó en Malaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced, fue en Osuna. Esto quiso dexir, dixo Dorotea. Y esto lleva camino, dixo el Cura, y prosiga vuestra Magestad adelante. No ay que proseguir, respondió Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tá buena, en hallar al señor don Quixote, que ya me cuento, y tengo por Reyna y señora de todo mi Reyno, pues el por su cortesía, y magnificencia me ha prometido el dō de yrse conmigo, donde quiera que yo le lleuare, que no será a otra parte, que a ponerle delante de Pandafilando de la fosca Vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene vfar pado: que todo esto ha de suceder a pedir de boca, pues así lo dexó profetizado Tinacrio el Salidor, mi buen padre, el qual tambien dexó dicho, y escripto en letras Caldeas, o Griegas, q̄ yo no las se leer, que si este cauallero de la profecia, despues de auer degollado al Gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgasse luego sin replica alguna, por su legitima esposa, y le diessse la posesion de mi Reyno, junto con la de mi persona. Que te parece Sancho amigo? dixo a este punto don Quixote, no oyes lo que passa? no te lo dize y o mira si tenemos ya Reyno que mandar, y Reyna con quien casar. Esto juro yo, dixo Sancho: Para el puro que no se casare en abriendo el gazarico al señor Pandafilando.

Quixote de la Mancha. 169

lado. Pues monta que es mala la Reyna, así se me bueluan las pulgas de la cama: y diziendo esto, dio dos capacetes en el ayre, con muestras de grandísimo contento, y luego fue a tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haziéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicádolo le diessse las manos para besarlas, en señal q̄ la recibia por su Reyna, y señora. Quien no auia de reyr de los circuntantes, viendo la locura del amo, y la simplicidad del criado. En efecto Dorotea se las dio, y le prometio de hazerle grā señor en su reyno, quando el cielo le hiziesse tanto bien, q̄ se lo dexasse cobrar, y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras, q̄ renouó la risa en todos. Esta señores, prosiguió Dorotea, es mi historia, solo resta por dezir, q̄ de quanta gente de acompañamiento saqué de mi reyno, no me ha quedado sino solo este buen barbadillo escudero, porq̄ todos se anegaron en una gran borrasca q̄ tuvimos a vista del puerto. Y él, y yo salimos en dos tablas a tierra, como por milagro, y así es todo milagro, y misterio, el discurso de mi vida, como lo aureys notado. Y si en alguna cosa he andado de maliciada, o no tan acertada como deuenra, echad la culpa a lo q̄ el señor Licenciado dixo al principio de mi cuento, q̄ los trabajos continúen, y extraordinarios, quitá la memoria al q̄ los padece. Esta no me quitará a mi, o alta, y valerosa señora, dixo don Quixote, quántos yo passare en seruicios, por grādes, y no vistos q̄ sean. Y así de nuevo confirmó, el don q̄ os he prometido, y juro de yr cō vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, a quié pido con el ayuda de Dios, y de mi brazo, ajar la cabeza soberbia, con los filos desta (no quiero dezir buena) espada, merced a Gines de Passamonte, q̄ me

Y lleuó

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, Madrid, Juan de la Cuesta, 1605

El libro, lo sabemos, sigue siendo el mejor instrumento para el aprendizaje, pero también lo es para explorar zonas insospechadas de nuestra mente...

de la palabra escrita y logra establecer un singular puente entre ambos.

El producto de este contacto único —tan placentero como enriquecedor— es cada día más necesario en el desarrollo educativo y espiritual de nuestros pueblos. “Hay que tropezarnos a cada paso con un libro”, aconsejaba el buen amigo Mauricio Achar, librero quijotesco, por cierto.

El libro, lo sabemos, sigue siendo el mejor instrumento para el aprendizaje, pero también lo es para explorar zonas insospechadas de nuestra mente, para entender lo que nos ocurre, para interrogarnos sobre las causas por las cuales nos ocurre lo que nos ocurre, y muchas veces también, para encontrar nuevos caminos que

nos ayuden a seguir adelante cuando nos sentimos frenados por circunstancias o factores negativos. “El *Quijote* enseña, pero también alivia y consuela”, decía Unamuno.

Lo paradójico es que el símbolo del libro mismo sea una novela que nos narra la historia de un hombre que, de tanto leer libros de caballería, perdió la razón. Parecería desprenderse de tal paradoja que la lectura, por lo menos la lectura de ciertas novelas, entraña riesgos. Habría que recordar que los inquisidores españoles prohibieron que se publicaran o importaran diversas novelas en sus colonias, con el argumento de que “esos libros disparatados y absurdos podían ser perjudiciales para los indios”. Por esa razón, los hispanoamericanos de aquí sólo leyeron ficciones de contrabando durante siglos, ya que

la primera novela como tal se publicó en nuestro país hasta 1816. Habría que recordar también que en el año de 1600, en vida de Cervantes, Giordano Bruno fue quemado por la Inquisición en Roma; y que en 1618, dos años después de la muerte del autor del *Quijote*, la Iglesia Católica condenó oficialmente el sistema copernicano; y que en 1633, Galileo fue obligado a renunciar a sus ideas ante el Santo Oficio. Episodios, todos ellos, que nos obligan a reflexionar sobre cuánto han debido luchar los seres humanos contra los molinos de viento de la censura y la intolerancia, desde para leer novelas con tranquilidad, hasta para reconocer que la Tierra gira en torno al Sol.

Hoy sabemos que las ficciones literarias como las que nos muestra el *Quijote* no son meras fabulaciones, fortuitas o peligrosas, sino más bien, una realización para su autor y una experiencia plena para sus lectores; porque por delirantes que parezcan, hunden sus raíces en lo más profundo de la experiencia humana. Por creer que la realidad es como pretenden las ficciones, y por hacer oídos sordos a la sabia prudencia de los consejos de Sancho Panza, su fiel escudero, Alonso Quijano sufre terribles quebrantos mentales. Pero ¿lo juzgamos por ello? Al contrario, su historia nos conmueve y lo admiramos.

Victor Hugo escribió que una de las experiencias más dolorosas era contraer la “pasión por lo imposible”. Es cierto, puede resultar una pasión dolorosa, pero de ella, habría que agregar, también han nacido las más extraordinarias hazañas del espíritu humano, las obras maestras del arte y el pensamiento, así como la vocación vehemente por la lectura, por trasladarnos con la imaginación a otros mundos y a otros cuerpos. Ese traslado es, en cierta forma, una catarsis. Lo angustiante que puede ser a veces nuestra vida real, es decir, nuestra angustia vital, se abre para vivir, imaginariamente, otras experiencias que la ficción vuelve nuestras. Porque la vida real nunca ha sido ni será bastante para colmar todos los deseos humanos. Y porque sin esa insatisfacción vital de la “pasión por lo imposible”, para muchos, sería difícil encontrar un auténtico equilibrio. La necesidad de imaginar, de fabular, de adentrarse en los terrenos —físicos y mentales— más insospechados y desconocidos, es consustancial a la condición humana.

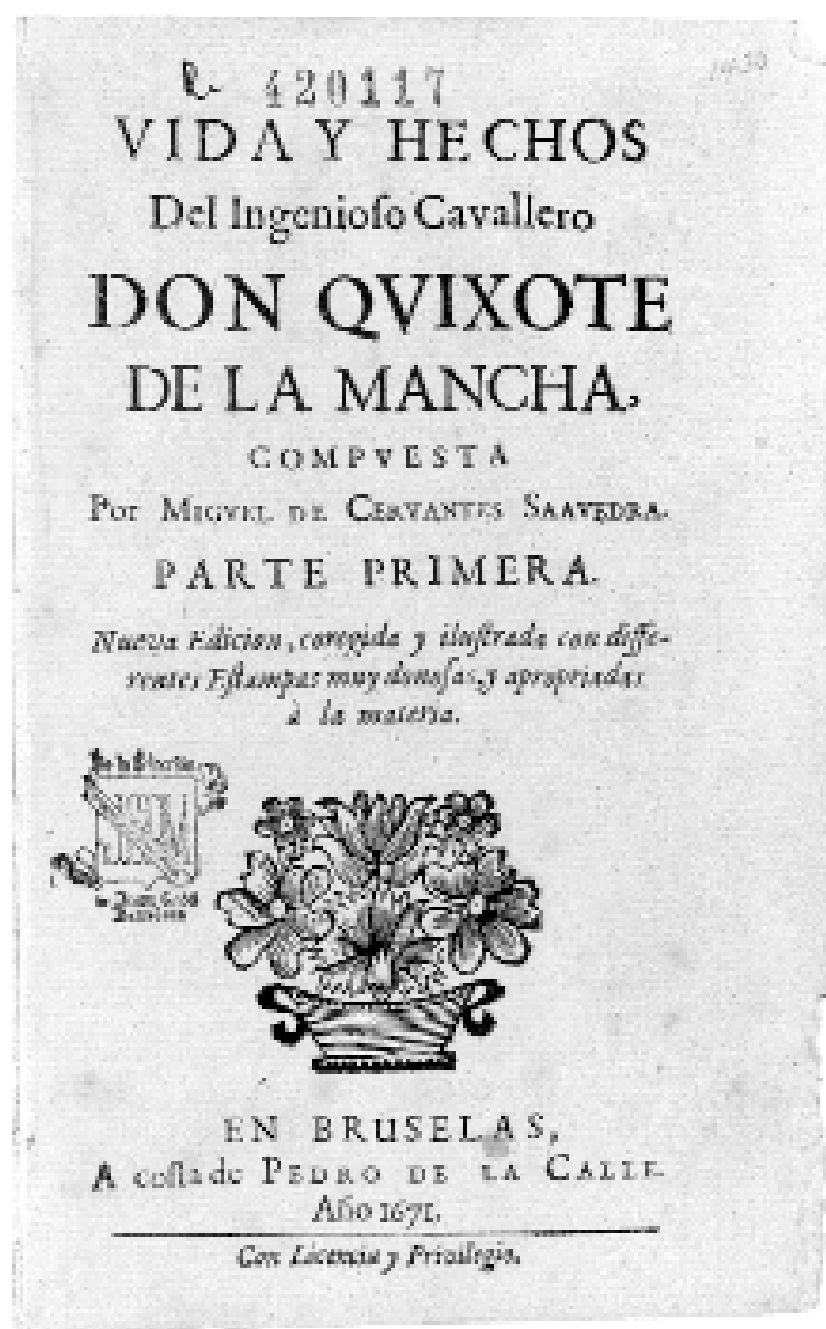
Por eso el *Quijote* ha tenido una amplia influencia en muchas de las disciplinas que incursionan en el conocimiento humano. La medicina no podía ser una excepción. Paul Ehrlich (1854-1915), bacteriólogo alemán y Premio Nobel de Medicina en 1908, tuvo el siguiente diálogo con uno de sus discípulos:

DISCÍPULO: Maestro, dígame por favor cuál es el libro de medicina que condense todo el saber que debo conocer para ser un buen médico, que me haga comprender el

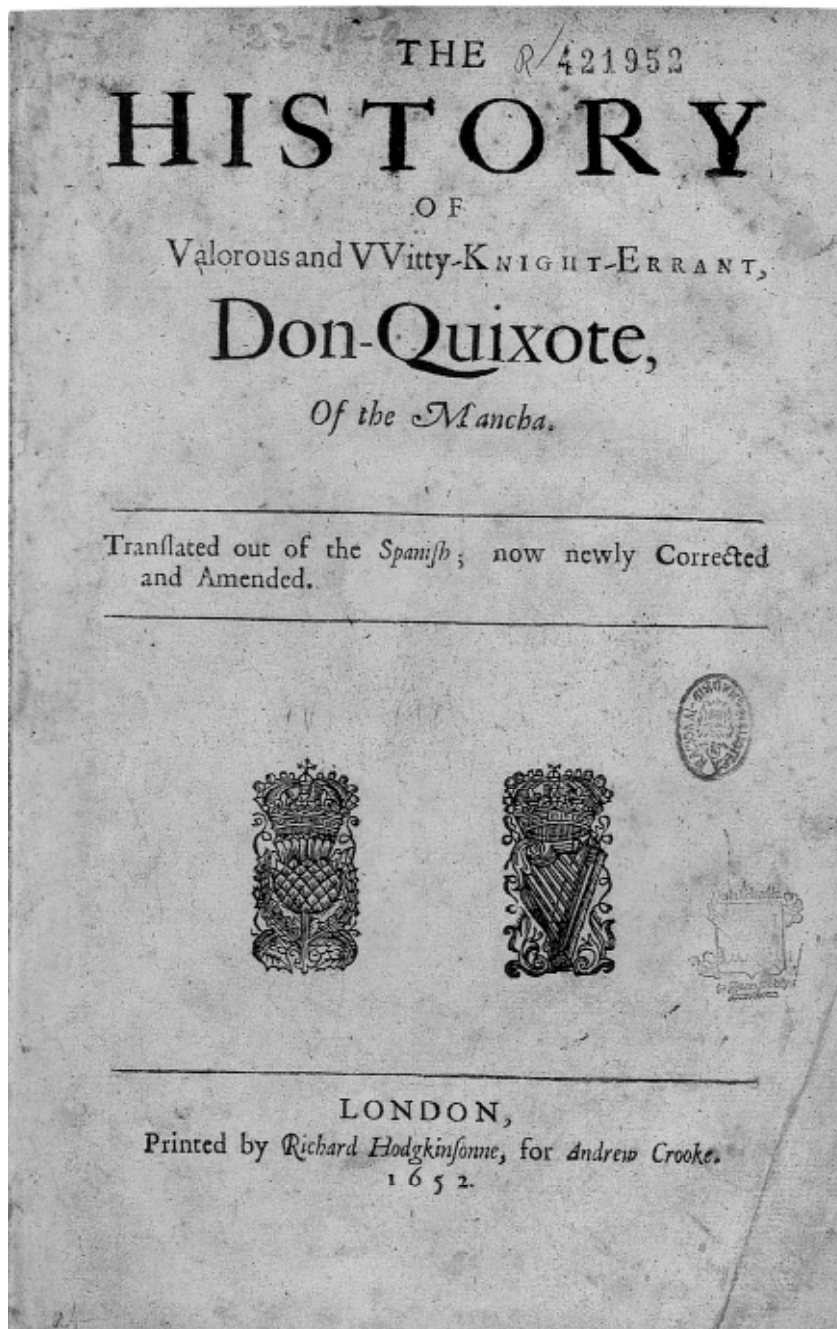
sufrimiento humano en su sentido más profundo, el dolor más agudo, pero también la fortaleza y las mayores alegrías a que un hombre puede aspirar. Dígame, maestro, para alcanzar esta meta en mis estudios, ¿qué libro me recomienda, usted que conoce todos los buenos libros de medicina?

MAESTRO: Es muy sencillo, amigo mío. Lee con atención *El Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes. Ahí encontrarás lo más fundamental que necesitas para alcanzar tu meta como médico.

Esta recomendación de Paul Ehrlich no es la única. A Thomas Sydenham (1624-1689) se le atribuye una afirmación semejante a la pregunta sobre qué libro de medicina aconsejaba a sus estudiantes, episodio que recoge en uno de sus escritos más difundidos el psiquiatra cartagenero Félix Martí Ibáñez:



Don Quijote de la Mancha, edición hecha en Bruselas en 1671. Según Peeters-Fontainas es una edición falsificada impresa en Lyon por Horace Boissat



Don Quijote de la Mancha, edición inglesa de 1652

es, al fin y al cabo, sino una forma de locura. A través de las incoherencias de un loco, es posible sentir fragmentos de otro mundo más en armonía con nuestra ansia de ideal.

No en vano sabemos que Don Quijote era ingenioso, de feliz memoria y tan erudito que poseía todas las ciencias de un caballero andante: teología, leyes, medicina, botánica, astronomía, matemáticas e historia, entre otras. Al darnos a conocer al hombre por fuera y por dentro, sano y enfermo, el *Quijote* sienta las bases de una unión particular entre la medicina y la literatura, con una especial repercusión en la psicología.

Freud, quien no sólo fue un gran lector, sino que él mismo un gran escritor, al grado de merecer el Premio Goethe de Literatura, en una carta de mayo de 1923, le escribe a su traductor al español, Luis López Ballesteros y de Torres:

Siendo yo un joven estudiante, el deseo de leer el inmortal *Don Quijote* en el original cervantino, me llevó a aprender con avidez la bella lengua castellana. Gracias a esta afición quijotesca puedo ahora —ya en edad avanzada— comprobar el acierto de su versión española de mi obra.

En todo caso, Freud reconoció que, antes que él, el inconsciente lo habían descubierto los poetas. “La influencia en mí de la literatura me obliga a estar dispuesto —y lo estoy— a renunciar a toda prioridad en aquellos frecuentes casos en los que el psicoanálisis no hace más que confirmar la visión intuitiva del poeta”.

Quizás el pasaje del *Quijote* que se ha prestado a más interpretaciones de tipo psicológico aparece en el segundo capítulo de la Primera parte:

Estoy convencido de que la lectura recreativa puede tener el valor de enriquecer y complementar nuestra educación profesional como médicos. Simplemente, recuérdese el inmortal consejo de Thomas Sydenham a uno de sus discípulos más aventajados, al preguntar éste qué debía leer para ser un buen médico. Lea el *Quijote* le contestó, es una obra de lo más completa sobre el conocimiento humano en general.

No tengo duda, leyendo el *Quijote* puede aprenderse medicina, no sólo durante el siglo XVII sino en cualquier tiempo de nuestra historia, hoy y de siempre.

Viene también a cuento, en este orden de ideas, lo dicho por Don Santiago Ramón y Cajal:

Más de una vez me he preguntado por qué hizo Cervantes loco a su personaje. Tal vez porque lo sublime no

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, entuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo.

¿Por qué Don Quijote sale con tanta precaución por la puerta falsa del corral?, es la pregunta. Bien pudo em-

Quien por mucho leer duerme poco es evidente que tiene tiempo para imaginar más.

prender sus andanzas por la puerta principal de su casa. Hasta ese momento se considera un hombre normal y, ciertamente, ésa sería la salida lógica para alguien que se va de aventuras, además, se dice, es de madrugada; cabe suponer, entonces, que nadie lo estaría viendo.

Al respecto nos dice Unamuno: “¡Singular ejemplo de humildad al salir por esa puerta! Pero el caso es que por cualquier puerta se sale al mundo. Cuando uno se apresta a una hazaña tal, no debe pararse en por qué puerta ha de salir”.

El escritor venezolano José Balza tiene una interpretación más aguda:

Quien sale por la puerta falsa del corral no es solamente Don Quijote, personaje. Por esa puerta falsa sale también y para siempre —a una vida errante que llega hasta hoy— la novela como cuerpo de ficción, como cuerpo de creación, como cuerpo de exploración humana.

Hay por supuesto quienes piensan que esa puerta falsa puede ser una alusión inconsciente del personaje y de su autor, algo que nos remite directamente a la facultad de la poesía para adentrarse en las zonas más oscuras de lo humano. Sin remedio, bajo su apariencia organizada y racional, una buena novela siempre ofrece materiales que proceden de los fondos secretos de la personalidad de su autor. A ese envolvimiento total, inseparable del creador, en el acto mismo de inventar, debe la literatura su intuición y su perennidad.

Hay otra alusión en el *Quijote* unas líneas más adelante, en la que también vale la pena detenerse:

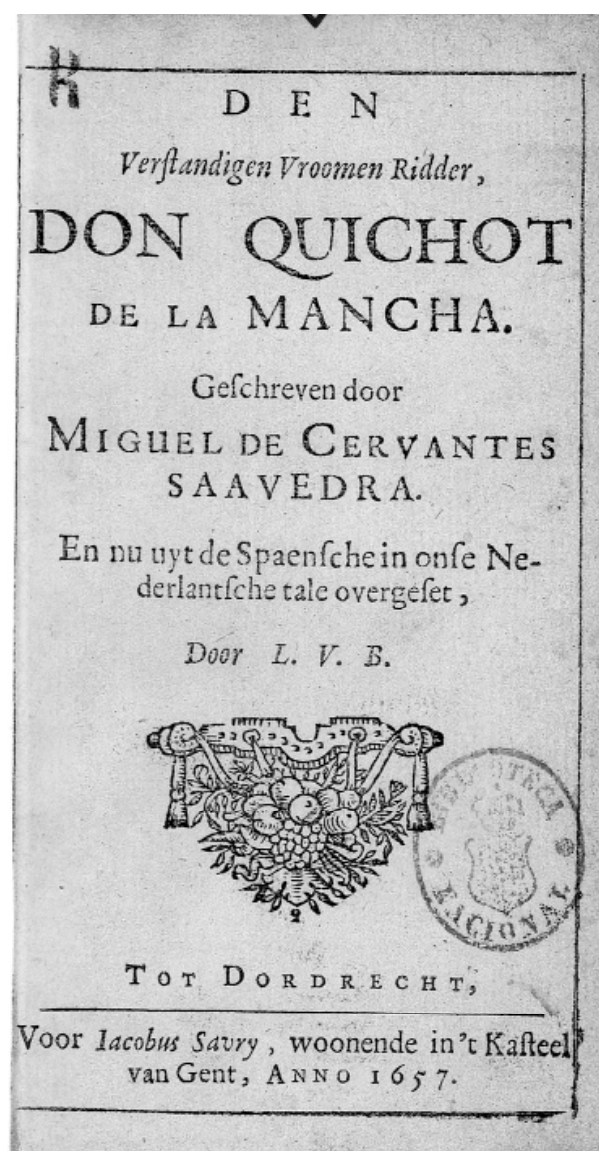
En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño; y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras.

Si tanto se ha cuidado Don Quijote de salir por la puerta trasera y de que no noten su salida, apenas avanzado un poco decide subordinar su destino a Rocinante. Que sea el caballo quien decida su ruta. Aquí hay por lo menos una metáfora sobre el personaje y sobre la creación literaria. No solamente son el cálculo y la inteligencia racional los que señalan la ruta de la creación; son también los impulsos menos claros, aparentemente

más sueltos, los que pueden llevar a la poesía a sus más altas cimas.

Unamuno confirma en esta decisión del caballero su heroico espíritu, que “igual habría de ejercerse en una que en otra cualquier aventura, en todo aquello que Dios tuviese a bien depararle”; en tanto que, una vez más, José Balza ve una relación entre ese pasaje y el inconsciente: “Cervantes no había leído a Freud, y sin embargo eso es Freud”. El caballo es quien conduce y el jinete puede o no tener advenencia de ello. Pero, en todo caso, no habría que olvidar que en la aventura, la realidad del sueño y del deseo se sobreponen.

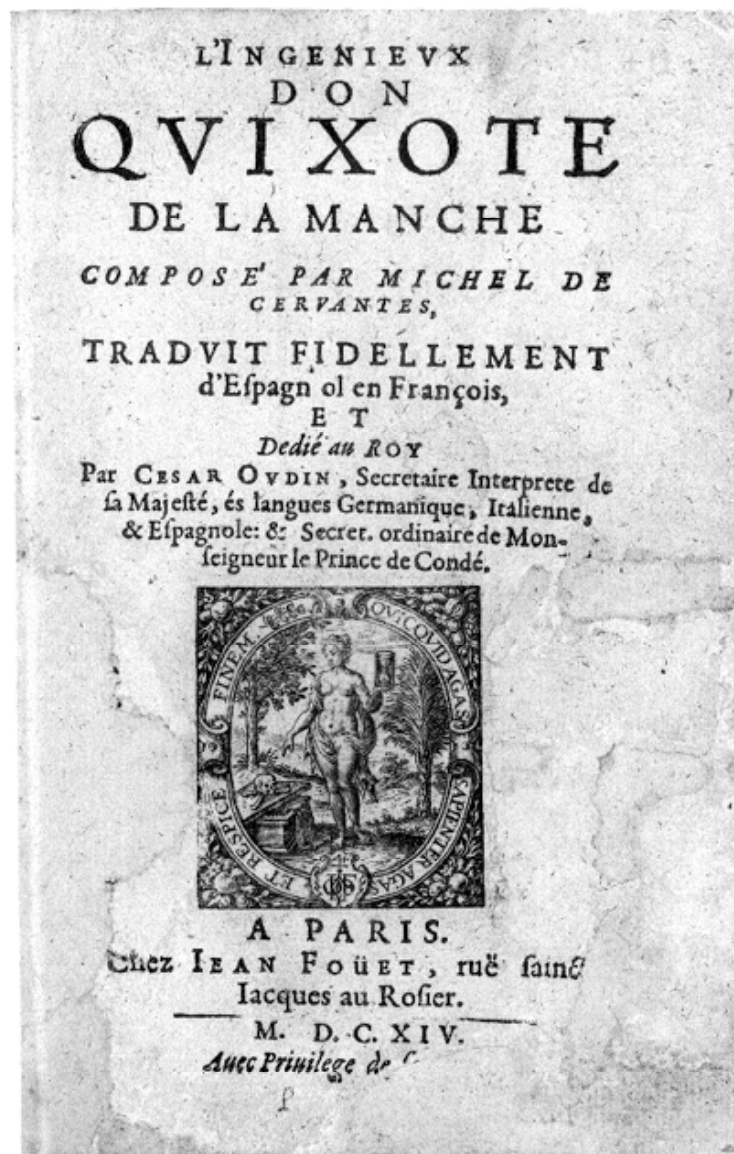
José Saramago ha sugerido, por su parte, que imaginemos por un momento que Don Quijote no está loco,



Don Quijote de la Mancha, edición holandesa de 1657



Don Quijote de la Mancha, edición hecha en Milán en 1610



Don Quijote de la Mancha, edición francesa de 1614

La locura de Don Quijote es, en todo caso, eso: el genio de un hombre capaz de crear a un personaje que cala en lo más profundo de nuestro ser...

que simplemente finge locura y que se obligó a cometer las acciones más disparatadas para que los demás no tuvieran ninguna duda acerca de su locura. Esa genial ambición de Cervantes —continúa Saramago— le permitió a Don Quijote abrir la cuarta puerta que le estaba faltando; la de la libertad.

Los primeros tratados sobre la locura en España se publican precisamente en los primeros años del siglo XVI, varios de ellos procedentes de Italia. Pensemos en Erasmo de Rotterdam que compuso el famoso *Elogio* para ensalzar la locura según los principios cristianos, en contraposición a la verdadera y terrible locura material y política

de su época. Por otra parte, la idea de la melancolía adquiriría un carácter más definido, siendo la propensión a la imaginación nocturna con cierta angustia, un rasgo recurrente. ¿Habrá en Cervantes una cara melancólica, producto de su propia biografía y de la época que le tocó vivir? Una posible explicación, puede encontrar su raíz en el gran desengaño que sufrieron los españoles del Siglo de Oro al ver cómo sus antiguos ideales caían uno a uno frente a una nueva realidad.

El oscuro funcionario que se ganaba la vida en un oficio ingrato como recaudador de impuestos, que dio con sus huesos en la cárcel a causa de su mala aritmética,

se sabe lo más opuesto a un héroe. ¿Habría nostalgia del soldado que fue en otro tiempo? El viejo, pobre y triste autor de una novela disparatada concebida detrás de los barrotes, algo de melancólico podía tener. Sus compañeros mutilados, peleando ayer contra el turco, mendigaban en las puertas de las iglesias; y los grandes aventureros del siglo XVI habían envejecido o muerto, se mataban entre ellos o eran ahorcados por la justicia real.

No en vano, Fernando Díaz Plaja describe la psicología del soldado español de los siglos XVI y XVII como “convencidos de estar en posesión de la verdad eterna por su religión y de pertenecer, por cuna, al mejor de los países posibles”. Por su parte, Ramiro de Maeztu percibió en el *Quijote* “la melancolía que un hombre y un pueblo experimentan al desengañarse de su ideal”.

A América, por ejemplo, venían en esa época funcionarios menores, misioneros y aventureros. A Cervantes ni siquiera le permitieron probar fortuna por nuestras tierras. “Mejor busque por acá en qué se le haga merced”, le dicen. ¿Qué hubiera sucedido si Cervantes se viene a probar fortuna a nuestra América? Seguramente no hubiera escrito el *Quijote*. Curiosa paradoja: sin saberlo, Felipe II le hace un valioso favor al propio Cervantes, a la literatura y al mundo entero.

¿Alguien más tendría que haber escrito el *Quijote*, es una pregunta que da vértigo. ¿Qué hubiera sido de nuestro mundo sin los personajes —reales y de ficción— que tanto nos fascinan? ¿Por qué, cabe preguntarse, en el mismo año de 1605 nacen Don Quijote, el rey Lear y Macbeth? ¿Por qué mueren en el mismo año Cervantes y Shakespeare? ¿Por qué coinciden en la misma época, en la misma ciudad y algunos hasta en la misma calle, Cervantes, Góngora, Lope de Vega, Quevedo y Juan Ruiz de Alarcón?

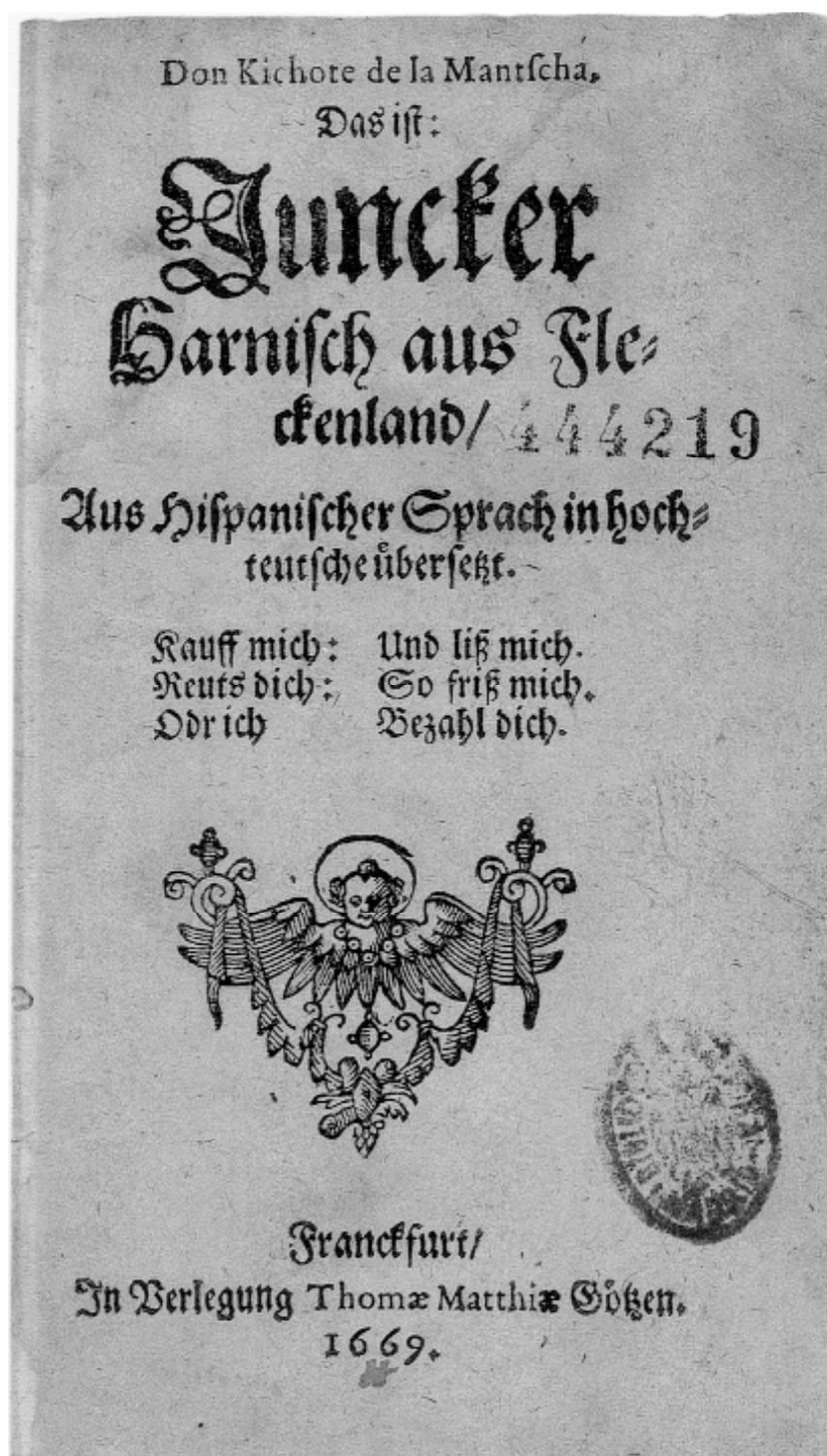
Por todo esto —y por muchas razones más— la psicología de Don Quijote rechaza las etiquetas, como las rechaza cualquier personaje literario, complejo y multidimensional. Como ha escrito Carlos Fuentes en uno de los mejores ensayos sobre el tema: “Don Quijote, el loco, está loco no sólo porque ha creído cuanto ha leído. También está loco por creer, como caballero andante, que la justicia es su deber, que la justicia es posible”.

Cuando Don Quijote sale al mundo armado con las potencias de la fe en esa justicia, de alguna manera, ya ha sublimado su locura y ha decidido desafiar al mundo con las potencias de la imaginación: hacer de los sueños una realidad. Instalarse en la “pasión por lo imposible”.

Don Quijote encuentra ahí el territorio de su aventura. Todos esos libros de caballería que ha leído durante sus desvelos nocturnos, de aislamiento y de absorción, antes del inicio de la novela, estallan en el momento en que decide convertirse en el último de los caballeros y por lo tanto en el caballero por excelencia. Don Quijote cierra aquel universo medieval, poblado de pecados,

demonios e inquisidores, para abrirlo hacia la modernidad, a la comprensión de lo humano y su verdadera trascendencia: el amor, la belleza, el altruismo, la creatividad; es decir, lo estrictamente humano en su sentido más amplio y profundo.

La locura de Don Quijote es, en todo caso, eso: el genio de un hombre capaz de crear a un personaje que cala en lo más profundo de nuestro ser, que pone al descubierto lo maravilloso y contradictorio de la mente y que lo proyecta con extraordinario talento literario. Es, en suma, el humanismo en una de sus mejores expresiones. **U**



Don Quijote de la Mancha, edición alemana de 1669